Palabras del Dr. Esteban López Varela

Se viste hoy de luto el Colegio de Médicos y Cirujanos de Costa Rica ante la desaparición del ilustre médico, del dilecto amigo, de uno de los miembros que mayor prestigio dieran a la profesión médica nacional.

El Dr. Enrique Berrocal Uribe, nació en la ciudad de Alajuela el 19 de julio de 1906, hijo del recordado caballero y médico distinguido el Dr. Joaquín Berrocal, que como herencia bendita nos dejó a su hijo que hoy lloramos. Supo Enrique copiar las huellas de su ilustre padre, dejando como él, una estela de bondad, de ciencia y de cariño.

Realizó sus estudios de medicina en París donde coronó su carrera, habiendo recibido el título de Médico y Cirujano, con honores el 7 de mayo de 1931, habiéndose trasladado luego a Costa Rica para ejercer la profesión. Se incorporó al Colegio de Médicos y Cirujanos con brillantes exámenes el 18 de agosto de 1931. Ocupó el cargo de fiscal en la directiva del Colegio un año más tarde, en 1932. Alcanzó las posiciones más altas, tanto en el Hospital San Juan de Dios, donde fue Jefe del Servicio de Urología, como en el Hospital Central de la Caja Costarricense de Seguro Social, donde fue Jefe del Servicio y jefe de la Sección de Cirugía desde el año de 1943. Ejerció la profesión con gran honestidad, gran cientifismo, y supo fundar una escuela con los médicos jóvenes que íbamos llegando al país y que siempre encontramos en el Dr. Berrocal al maestro y al amigo, siempre dispuesto a enseñar, sin egoísmo, toda la basta ciencia que él poseía.

Tuve el privilegio de haber sido su asistente, su compañero de trabajo y su amigo, desde que juntos iniciamos la organización del servicio de Cirugía en el Hospital de la Caja del Seguro Social. Juntos nos desvelamos para poner en marcha ese servicio, y a través del contacto constante con él, pude aquilatarlo en sus valiosísimas cualidades de organizador y de hombre de gran corazón, de bondad sin límites. Eso era el Dr. Berrocal, un gran corazón, que por grande y generoso lo anteponía a su misma mente, a su voluntad, a su personalidad entera.

Ese gran corazón, esa su gran bondad, le sirvan en estos momentos en que se despide de nosotros, para alcanzar las glorias de lo Eterno.